



Mairena: cien años de cante gitano

El siete de septiembre de 1909 —dos días más tarde, según los papeles— nació Antonio Cruz García, una de las figuras más relevantes de la historia del flamenco. Cien años después, su escuela cantaora sigue vigente gracias a maestros como José Menese o El Lebrijano.

POR **ALBERTO GARCÍA REYES**

«Yo nací en Mairena el 7 de septiembre de 1909, aunque, no sé por qué error, en los papeles rezo como nacido dos días después». Antonio Cruz García cumple un siglo y el calor de su recuerdo sigue vivo en la fragua de los cantes. «Tenía mi padre una herrería en Mairena, y pronto tuve que ayudarlo en el trabajo, a pesar de mis cortos años. Allí, en la herrería, empezaba a sonarme la voz y principiaba a escuchar buen cante, a través de los cantaores amigos de mi padre, que era un gran aficionado».

La confesión del maestro es clara: el cante nace en él, en sus propias entrañas, en su esencia social, en su vida cotidiana. Los porrazos de martillo en aquella fragua de su viejo le fueron ajustando la garganta al entonces Niño de Rafael, al hoy gran Antonio Mairena, raíz del grito gitano. Pero ni siquiera su gente podía imaginar a principios de siglo que aquel chiquillo pasaría a la historia como uno de los mejores cantaores flamencos de todos los tiempos. Ahora se cumplen cien años del nacimiento de Antonio Mairena, portador de la tercera Llave de Oro del Cante. Y desde que murió hace 26 años, algunos han querido cerrarle la puerta. No han podido. Porque Antonio Cruz García defendió este arte como parte esencial de nuestra cultura y se murió con la ansiedad de revalorizarlo. Hay que discutir muchos de sus escritos, por supuesto, pero su cante es intocable. Está guardado en el sagrario de los grandes acompañado aún por el compás del yunque del Alcor. Ese yunque del que nació su lamento gitano y lo puso por primera vez a cantar en una fiesta allá por los años 20, durante una visita del bailar Faico a Mairena. Hizo allí el chiquillo un tango de Pastora Imperio que

cortó la respiración de los asistentes. Poco a poco. En el 24 ganó el concurso de Alcalá por decisión de Joaquín el de la Paula. El servicio militar en plazas africanas frenó la escalada. Pero a su vuelta se instaló en Sevilla y se hartó de mamar verdades en las fiestas de la Alameda y del Pasaje del Duque. Entonces conoció a Carmen Amaya en una juerga en la Venta de Antequera y se fue con ella a Barcelona. Pero la Guerra Civil lo devolvió a su tierra, donde comenzó a grabar placas con la guitarra de Esteban de Sanlúcar. Fueron aquellas unas grabaciones livianas en las que primaban los fandangos y las bulerías. Mas don Antonio siguió a lo suyo. Se enroló en las compañías de Juanita Reina primero y de Pilar López después, hasta que Pastora Imperio lo contrató para compartir cartel con Juanito Mojama, Antonio el de la Carzá y José Cepero en La Capitana. Tras pasar también por Villa Rosa y el cabaret Samba de Madrid, retornó al atrás, ya que los estilos que él abordaba, sobre todo soleá y seguiriya, no estaban de moda en la época. Con Teresa y Luisillo recorrió medio mundo. Idem con Antonio Ruiz Soler. Y en este punto llegó el año 1962, punto de inflexión en su carrera.

Hacia dos años que había muerto Manuel Vallejo, poseedor de la segunda Llave de Oro del Cante. Aprovechando esta circunstancia, los organizadores del Concurso Nacional de Córdoba decidieron poner en litigio una vez más la dichosa Llave a través de

EL LEBRIJANO

«Mairena es el maestro del que todos los cantaores posteriores hemos aprendido»

un certamen que tres años antes había ganado Fosforito con supremacía. El de Puente Genil volvió a concurrir al prestigioso premio junto a Chocolate, el Platero de Alcalá y Juan Varea. Pero todos se toparon con una gala que se decantó desde el principio por las destrezas de Mairena. Sus amigos Juan Talega y Ricardo Molina estaban en el jurado que se reunió en el Alcázar de los Reyes Cristianos. Sin embargo, la decisión de aquella noche apenas tenía importancia. Lo relevante tenía que venir después. ¿Portaría con honor Antonio la Llave de Oro? La mínima duda al respecto es injusta, porque desde entonces el cantaor se dedicó a revalorizar este arte en todos los sentidos. Llevó el flamenco a las universidades, participó y creó festivales en muchos municipios, fundó la Casa del Arte en su pueblo, amparó el nacimiento de un buen número de peñas y recibió la Medalla del Trabajo y la de Oro de las Bellas Artes.

La polémica del gitanismo

La corriente gitanista que sus detractores le reprochan surgió, no obstante, en estos últimos años de gloria. Su implicación con el flamenco fue siempre tan rotunda —la fragua en la memoria— que decidió teorizar al respecto. Su primera aportación en este apartado surgió de su amistad con el poeta cordobés Ricardo Molina. Juntos escribieron «Mundo y formas del cante flamenco», un intento de narrar la historia del género que nunca se ajustó al rigor científico, por lo que no tiene ninguna validez académica, que sólo sirvió para crear disputas huera. La diferenciación entre «cante gitano-andaluz» y «cante flamenco», refiriéndose a este último como folclore andaluz representado principalmente por Silve-

ENRIQUE MORENTE

«Es uno de los nombres fundamentales de la historia del arte en Andalucía»

Discografía básica

Antonio Mairena grabó más de 200 registros desde 1941, fecha en la que hizo su primer disco para el sello Odeón, a 1983, año en el que grabó «El calor de mis recuerdos», un álbum clave que hizo con la casa Pasarela y que se publicó después de su muerte. Su discografía hace especial hincapié en lo que él llamó «cantes grandes», sobre todo la soleá y la seguiriya, estilos en los que fue enciclopédico. En 1966 publicó «La gran historia del cante gitano andaluz», tres volúmenes que junto con «Cien años de cante gitano» son considerados la obra cumbre del artista mairenero.

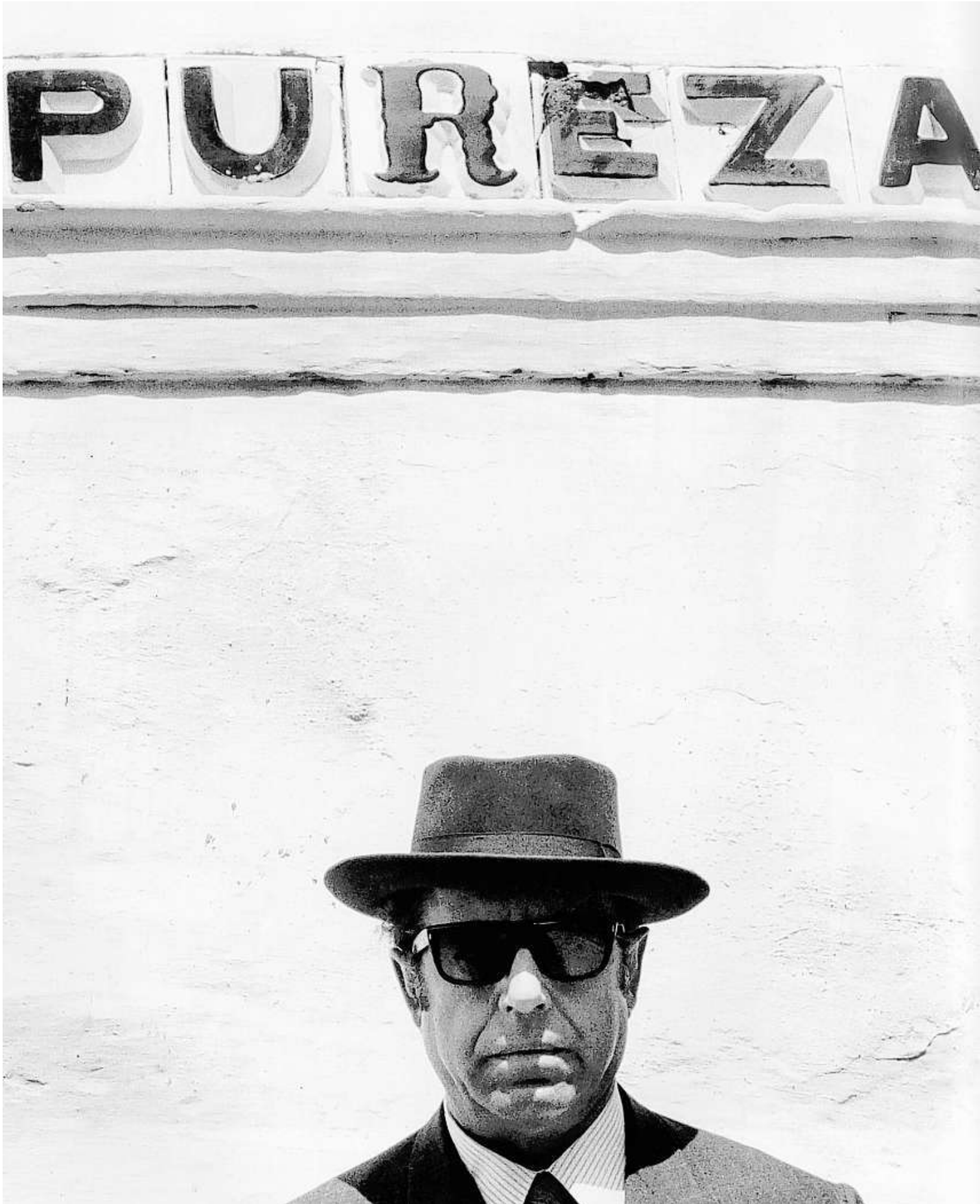
rio Franconetti, sólo puede entenderse hoy día como una reacción a los duros años que vivió Mairena en segundo plano frente a figuras no gitanas como Pepe Marchena o Manuel Vallejo. Y en este intento por justificar lo injustificable, el cantaor atribuyó cantes que él había recreado —incluso creado— a gitanos que ni siquiera habían sido cantaores. Destacó a Manuel Torre y Joaquín el de la Paula como los dos grandes maestros anteriores a él y tildó a Antonio Chacón como «la campana gorda». Toda esta filosofía se consolidó con la edición de «Las Confesiones de Antonio Mairena» por parte del Servicio de Publicaciones de la Universidad de Sevilla en 1976. Estas memorias las escribió junto al poeta de Morón Alberto García Ulecia, que puso la pluma al servicio de las narraciones del cantaor. Aquí, una vez más, Mairena insiste en la diferenciación entre gitanos y castellanos e incorpora un nuevo concepto insostenible: la razón incorpórea. Eso es exactamente lo que di-

JOSE MERCE

«Antonio Mairena es la tierra que pisamos, el cante de hoy no sería lo que es sin su aportación»

ce sobre ella: «Mi fe y mi esperanza estaban alimentadas por algo que muchos pueden considerar fantasmagórico, porque es algo impalpable e indefinible: lo que yo llamo la Razón Incorpórea, que hay que sentir y respetar para ser un buen gitano. La Razón Incorpórea es el honor nuestro, la base de la cultura gitana, el conjunto de nuestras tradiciones y de nuestros ritos antiguos: una cosa que sólo entiende un gitano como Dios manda y que sólo los gitanos la viven. La Razón Incorpórea es intransmisible e ininteligible fuera de nosotros, porque no se puede conocer de verdad lo que no se puede sentir. La Razón Incorpórea es la fuente de inspiración inagotable del cante gitano y del cantaor, y éste la expresa de forma intuitiva por medio del duende». Esta teoría ha sido defendida como verdad absoluta por sus seguidores. Pero una cosa es el mairenismo y otra Antonio Mairena. Una cosa es lo escrito y otra lo cantado. Son dos mundos diferentes que se resguardan bajo una misma forma. Y tan injusto es que a Mairena se le critiquen sus cualidades cantaores por no estar de acuerdo con sus teorías, como que quien disienta de sus libros sea considerado por los mairenistas un ignorante.

«Mundo y formas del cante flamenco», «Las Confesiones de Antonio Mairena» y los artículos publicados en la revista El Candil son válidos como primer intento de aunar arte y pensamiento en el flamenco. Pero en la hora de su centenario hay que decir sin miedo que todas sus teorías han sido ya refutadas. De hecho, un amplísimo porcentaje de la bibliografía flamenca de las últimas dos décadas está dedicada a rebatir al cantaor mairenero. Cientos de títulos han revisado su obra escrita y han logrado superarla con rigor y academicismo. Nunca con trauma. Por eso es probable que si el de los Alcores aún viviera, sus palabras ahora fueran distintas de las que escribió en sus libros. Pero sus «Cien años de cante gitano» serán siempre intocables. Fundamentales.



Esta imagen, tomada por Colita en Triana a finales de los setenta, recoge toda la filosofía del mairenismo: la defensa del controvertido concepto de la pureza en el cante

ABC